

EDITH GONZÁLEZ CRUZ
MARTA PIÑA ZENTELLA
FRANCISCO ALTABLE
(COORDINADORES)

Historia y literatura: confluencia de perspectivas



Universidad Autónoma de Baja California Sur

Historia y literatura: confluencia de perspectivas

Edith González Cruz
Marta Piña Zentella
Francisco Altable
Coordinadores



Universidad Autónoma de Baja California Sur

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA SUR

DR. GUSTAVO RODOLFO CRUZ CHÁVEZ
Rector

DR. DANTE ARTURO SALGADO GONZÁLEZ
Secretario General

DR. ALBERTO FRANCISCO TORRES GARCÍA
Secretario de Finanzas y Administración

LIC. JORGE RICARDO FUENTES MALDONADO
Director de Difusión Cultural y Extensión Universitaria

LIC. LUIS CHIHUAHUA LUJÁN
Jefe del Departamento Editorial

D.R. © Edith González Cruz, Marta Piña Zentella y Francisco Altale
D.R. © Universidad Autónoma de Baja California Sur,
Carretera al sur km 5.5, La Paz, BCS.

Primera edición, 2017

ISBN: 978-607-7777-87-8

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, en cualquier sistema –electrónico, mecánico, de fotorreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro–, sin hacerse acreedor a las sanciones establecidas en las leyes, salvo con el permiso escrito del titular del copyright. Las características tipográficas, de composición, diseño, formato, corrección, son propiedad de los editores.

Cuidado de la edición: Andrea Isabel Villarreal Ojeda

Diseño de cubierta: Ecatl Alam López Jiménez

Formación electrónica: Tania Jacqueline Espinoza Romero

Se terminó la edición digital de *Historia y Literatura: confluencia de perspectivas* en diciembre de 2017.
La composición tipográfica se realizó en Bell MT de 16, 12, 11, 10 y 8 puntos.

Impreso y hecho en México

Contenido

Introducción..... 8

Primera parte

Historia política y cultural

Machismo, codicia y lujuria: la tríada
histórico-literaria en torno del mito
amazónico de California..... 19

Francisco Altable

La herencia histórica del arte sacro
de las misiones de las Californias..... 45

Elizabeth Agripina Simpson Gutiérrez

Retórica, violencia y clero
en la Independencia de México 67

Marco Antonio Landavazo

Difusión del romanticismo social
en el occidente de México a mediados
del siglo XIX..... 89
Juan Arturo Camacho Becerra

Una aproximación a los criminales
y la violencia en México del siglo XIX
a través de *Los Bandidos de Río Frío*..... 114
Claudia Patricia Rivas Jiménez

Las mujeres en la historia ¿un imposible
heroísmo? Las propuestas de Elena
Poniatowska y Ana García Bergua 146
Assia Mohssine

Segunda parte

La historiografía y el discurso literario

La perspectiva histórica y literaria
en la obra de Adrián Valadés 167
Ignacio Rivas Hernández
Edith González Cruz

Noticias del imperio:
la construcción del “yo Carlota” 188
Krysheida Ayub Unzón

Historia y literatura testimonial: Jean Améry
y el papel del intelectual en Auschwitz..... 199
Juan Aurelio Fernández Meza

Evocar las emociones: notas sobre la representación histórica de la nostalgia en el discurso literario	224
<i>Karina Rubio Mendoza</i>	

Tercera parte

Crónica, historia, literatura y cine

La crónica: diálogo entre historia y literatura. El caso de <i>El otro México</i> , de Fernando Jordán	241
<i>Marta Piña Zentella</i>	

Contexto histórico, familias sudcalifornianas y los poemas de don Filemón Cecilio Piñeda Contreras (1868-1922)	257
<i>Gilberto Piñeda Bañuelos</i>	

Caminos de realidad y ficción en <i>Conversación en La Catedral</i>	287
<i>César Daniel Mora Hernández</i>	

Una mirada a la figura del caudillo en <i>Texas</i> , de Carmen Boullosa.....	300
<i>Norma Lilia González Ibarra</i>	

La figura del caudillo del sur en el corrido revolucionario “Historia de la muerte del gran general Emiliano Zapata”, de Marciano Silva	321
<i>Xóchitl Ixchel Rodríguez Velázquez</i>	

La propia vida como ficción en <i>Los diarios de Emilio Renzi</i> , de Ricardo Piglia	345
<i>Gabriel Rovira</i>	

Literatura picaresca y cine en México.
La herencia de la picaresca en la comicidad
y la comedia rancheras del cine nacional..... 362
Francisco Peredo Castro

Tahualilas, oaxaquitas, cholos, chúntaros,
macuarros, buchones: la imagen del indígena
en Baja California Sur 395
Rubén Olachea Pérez

Introducción

Hasta hace relativamente poco tiempo, la investigación histórica de carácter profesional se realizaba en nuestro país con independencia de la literatura llamada de ficción y sobre la base de una concepción epistemológica ceñida al discurso cientificista de las grandes escuelas y dogmas historiográficos del siglo XX, que privilegiaban el acercamiento de la historia a las ciencias sociales y al método empírico-inductivo de las ciencias duras. Se consideraba incluso que la “ciencia histórica” debía mantenerse alejada de la narrativa literaria, esto es, del arte literario encarnado en la novela, el cuento y la poesía.

Esta forma de entender el quehacer historiográfico, sin embargo, ha venido cambiando vertiginosamente durante la segunda mitad de la centuria pasada y en lo que va del siglo XXI, no sólo por efecto de la marejada posmoderna, sino por reflexiones viejas y actuales de los teóricos en torno de las cualidades intrínsecas que el modo narrativo

ofrece a la explicación histórica.¹ Lo mismo ha de decirse en reciprocidad con respecto del quehacer literario, pues ahora se reconoce también que la generación de conocimiento histórico ha contribuido, y contribuye eficientemente, a la producción de las bellas letras.

Surge así una sólida concepción que no excluye a lo literario de lo historiográfico, ni a lo historiográfico de lo literario, es decir, una concepción histórico-literaria, fundada en los trabajos ya célebres de múltiples y diversos pensadores –literatos, filósofos e historiadores– que ven en la estructura narrativa, complementada con las aportaciones metodológicas y epistemológicas de otros ámbitos de conocimiento, y del bagaje mismo de la “vieja historia”, rescatable en muchos sentidos, el mejor de los vehículos para la representación del pasado. No sólo esto, también la reconocida posibilidad de que los historiadores y los escritores y analistas de literatura realicen trabajos conjuntos desde las nuevas perspectivas del “narrativismo” y la historia cultural.

Sobra decir que existe una interminable lista de ejemplos sobre cómo la historia se nutre de la literatura y la literatura de la historia. Jean Meyer dice al respecto lo siguiente: “se reconoce tranquilamente que la verdad a que aspira la ciencia histórica es siempre fragmentaria y que el discurso del historiador nunca deja de ser un relato. Los

1 IGGERS, Georg G., *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 161. CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo, “La trama del tiempo. Algunas consideraciones en torno a lo narrativo en Historia”, *Cuadernos de Historia Moderna*, núm. 20, Madrid, Universidad Complutense, 1998, pp. 88-96.

escritores, por su parte, reconocen plenamente la irrupción de la historia en la construcción de sus ficciones”.²

James Joyce establece que literatura e historia, historia y literatura, se separan y se unen, se funden y se escinden.³ La historia, como disciplina, parte de una identificación con un aparato crítico y metodológico, usa técnicas y recursos que buscan reconstruir un pasado, aproximarse a una experiencia social. Por otra parte, la literatura se entiende como una ficción verosímil en la que se dan cita la creatividad y una sensibilidad especial respecto de la realidad humana. Lo literario también puede ser asumido como representación del mundo, como cartografía del recuerdo y la memoria, espejismo del alma, un espacio dinámico y alternativo donde se dan cita la comedia y lo trágico, la reflexión y el sentimiento por lo vivido, lo imaginado y la fantasía.⁴

Hasta hoy, en la Universidad Autónoma de Baja California Sur los trabajos historiográficos y el análisis literario han transitado por caminos separados, y no es mucho tampoco lo que se ha hecho en otras universidades del noroeste de México a propósito de la orientación metodológica que implica integrar ambas percepciones de la realidad social, la de la obra de ficción y la historiográfica. Dado que el regreso de la narrativa al ámbito de la comprensión histórica tiene algún tiempo debatiéndose, ya es

2 MEYER, Jean, “Historia y ficción, hechos y quimeras, *Documentos de Trabajo*, núm. 63, México, CIDE, 2010, pp. 1-6.

3 FUENTES, Carlos, *Valiente mundo nuevo: épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

4 KUSHNER, Eva, “Articulación histórica de la literatura”, en PERUS, François, *Historia y literatura*, México, Instituto Mora, 1997, pp. 165-187.

pertinente que los proyectos universitarios exploren esa renovada vía de análisis. Éste es el propósito del presente libro, en el que participan también investigadores de otras universidades del país, y que hemos organizado en tres grandes partes. La primera, *Historia política y cultural*, abraza seis títulos, todos ellos relacionados con diversos aspectos de lo que podría considerarse el ámbito de la *historia cultural*, tan heterogénea como lo que implica el propio adjetivo que la califica. Abre con un trabajo de Francisco Altable, donde se vuelve una vez más al mito de las amazonas californianas, sólo que esta vez desde una triple perspectiva histórico-literaria, que entiende el texto de ficción como un elemento activo de la acción humana, en este caso, del proceso expansionista de Castilla durante su primera etapa de descubrimientos en el océano Pacífico.

Luego viene un texto de Elizabeth Agripina Simpson Gutiérrez, cuyo planteamiento central descansa en la idea de que el arte sacro de las antiguas misiones españolas en la península de California tuvo una función práctica en el proceso de aculturación de los nativos y que ha de entenderse como una fuente no escrita, sino visual, que ofrece valiosa información acerca del pasado hispánico de la región, y más concretamente sobre la forma y el fondo de la instrucción religiosa.

Marco Antonio Landavazo es el autor del siguiente artículo. Sus preocupaciones giran en torno de la violencia durante la gesta independentista de 1810. Pero no es la violencia armada o corporal la que le interesa, sino aquella que se manifestó a través del lenguaje hablado y escrito en forma de retórica con unos fines políticos específicos. Jugará en ello un papel principal la Iglesia católica, bien que no

será ésta la única institución a través de la cual encuentre su medio de expresión el discurso violento.

La llamada “nueva historia cultural” tiene entre sus cometidos la aproximación a fuentes que hasta hace relativamente poco tiempo eran menospreciadas por los historiadores comprometidos con los grandes paradigmas historiográficos del siglo XX. Juan Arturo Camacho Becerra rompe con esas visiones conservadoras y emprende un interesante trabajo a partir de la consulta de fuentes poco convencionales, como lo son los discursos, folletos y libros raros asociados al romanticismo francés, en el intento de proponer nuevas interpretaciones sobre el pasado de la sociedad jalisciense de la segunda mitad del siglo XIX.

Otra forma de acercarse al pasado desde lo cultural ha sido a través de la literatura de ficción, sobre todo ahora que se la reconoce como una fuente de información para la recreación historiográfica. Así, Claudia Rivas Jiménez se adentra en el propósito de explicar la existencia de bandas de forajidos y la violencia aneja a ellos a través de *Los bandidos de Río Frío*, novela de Manuel Payno que retrata la sociedad mexicana de la primera mitad del siglo XIX, su religiosidad, sus tradiciones, sus prejuicios y sus creencias míticas.

Esta primera parte se cierra con el trabajo de Assia Mohssine, quien nos introduce a la historia con perspectiva de género de la mano de dos importantes novelistas mexicanas, Elena Poniatowska, y su *Hasta no verte Jesús mío*, y Ana García Bergua, con su *Isla de bobos*. En la primera, se narran los esfuerzos interminables para dar voz propia a quienes han carecido de ella bajo el peso del predominio masculino. En la segunda, se intenta la deconstrucción del

“paradigma nacionalista postrevolucionario”, en el cual, escribe Assia Mohssine, “se cifra la esencia de la mexicanidad”.

La segunda parte de este libro, que hemos titulado *La historiografía y el discurso literario*, consta de cuatro artículos, de los cuales tres abonan al análisis historiográfico y uno beneficia el discurso literario. En el primero de ellos, Ignacio Rivas Hernández y Edith González Cruz abordan la incursión de Adrián Valadés en la investigación histórica y la producción literaria, apoyándose en dos de sus obras: *Historia de la Baja California 1850-1880* y *Tradiciones, tipos y paisajes de la Baja California*, no sin antes dar cuenta del contexto social que le tocó vivir a Valadés, quien se desempeñó como funcionario público, empresario y periodista.

El trabajo de Krysheida Ayub Unzón centra su atención en una de las mujeres que más ha suscitado la curiosidad del imaginario mexicano: Carlota de Bélgica. Lo hace a partir de la novela *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso, que le permite referir sobre el poder y la locura de su personaje; asimismo, se acerca al contenido lingüístico siguiendo las ideas desarrolladas por Greimas.

Juan Aurelio Fernández Meza hace un razonamiento que lo conduce a preguntarse sobre el principio que diferencia la historiografía de la ficción. Para responder, recurre a la obra *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia*, del escritor Jean Améry, sobreviviente de los campos de concentración del Nacionalsocialismo, lo que le permite considerar que el escritor de literatura testimonial produce su propia lectura, interpreta su propio recuerdo, observa su propia mirada. De ahí que la narración sobre el pasado puede ser una aurora al mañana.

En el último artículo de este apartado, Karina Rubio Mendoza aborda el concepto de nostalgia, al que concibe como una emoción histórica, para enseguida discurrir en la relación existente entre historia de las emociones y literatura a través de tres obras literarias: *La Odisea*, de Homero; *El Gran Gatsby*, de Francis Scott Fitzgerald, y *Los Cuatro cuartetos* y *La Tierra baldía*, de Thomas Stearns Eliot.

La tercera parte, *Crónica, historia, literatura y cine*, está integrada por ocho capítulos que tratan sobre los nexos entre historia y literatura. Es conveniente aclarar de una vez que, si bien tres de las obras son de corte regional, los modelos metodológicos elegidos rebasan dicha perspectiva y permiten mirar a un horizonte de ejecución más amplio.

Actualmente, la crónica figura como estructura posible que da cuenta de lo particular para interpretar lo universal. A partir de los años noventa del siglo XX este género ha tenido un auge especial en Latinoamérica gracias a la difusión en los medios escritos. En el caso particular de Baja California Sur, dos de los autores incluidos en esta parte del libro han recurrido al testimonio oral y escrito (en forma de crónica) como un elemento de apoyo que da sustento a la narrativa sobre una ciudad y una región. En su trabajo, Marta Piña Zentella toma un par de ejemplos de la prosa contenida en la obra de Fernando Jordán Juárez para escudriñar en su sentido semántico y figurativo, y lo hace con base en los escritos de Hayden White acerca de la escritura de la historia. Desde esta plataforma teórica, la autora revisa algunos postulados sobre narrativa histórica y narrativa ideológica a fin de reconsiderar el valor de la crónica y la trascendencia de su legado histórico-literario.

Gilberto Piñeda Bañuelos escribe sobre la obra del poeta paceño Filemón Cecilio Piñeda, fallecido en mayo de 1922 a los 54 años de edad. El autor rescata la poesía de su abuelo y se propone interpretarla desde el contexto histórico y familiar a través de una narración que descubre el sentido paradójico de los poemas, que oscilan entre la ternura y la rebeldía, el amor y la irreverencia, la naturaleza y el ser humano, el regionalismo y el patriotismo.

En la delgada frontera entre historia y literatura, César Daniel Mora Hernández hace una síntesis de los aspectos históricos y literarios contenidos en la obra *Conversación en La Catedral*, de Mario Vargas Llosa, quien, como muchos otros narradores latinoamericanos, incursionó en la novela histórica revalidando el hecho de que la historia y la literatura de ficción constituyen formas distintas, pero consanguíneas, de representar la acción humana y de entender el concepto de verdad en la dimensión de sus respectivos discursos. Así, Mora explora con cautela el camino que ambas disciplinas recorren en el acto narrativo.

En el siguiente trabajo, Norma Lilia González Ibarra emprende el análisis de la novela *Texas*, de Carmen Boullosa. Desde la perspectiva de la nueva novela histórica hispanoamericana y de la metodología interpretativa denominada mitocrítica, González da cuenta de una trama que se desenvuelve en el México de mediados del siglo XIX e involucra a un grupo de mexicanos inconformes por la pérdida de Texas y su consecuente anexión a los Estados Unidos, tiempos propicios para potencializar personajes como Nepomuceno, protagonista de la obra. La investigadora considera que novelas como *Texas* desenmascaran la racionalidad mimética que pretende avalar el discurso de

qué es México y cómo son los mexicanos, creando ficciones en las que no se reproducen ni los mitos nacionales, ni los relatos de heroísmo, sino, por el contrario, duda del relato histórico homogeneizante y reconoce el poder modelizante que contienen la realidad y la historia a través del texto literario.

A propósito de la figura del caudillo mexicano, Xóchitl Ixchel Rodríguez Velázquez hace un análisis hermenéutico del corrido revolucionario titulado: “Historia de la muerte del gran General Emiliano Zapata”. Se esfuerza en comprender cómo el compositor, Marciano Silva, presenta al personaje histórico, y lo hace con una breve recapitulación en torno a una definición de la hermenéutica y su pertinencia para el análisis de dicho corrido bajo el esquema hermenéutico sugerido por Manuel Baeza. Contextualiza la figura histórica de Emiliano Zapata y añade un esbozo de las particularidades de ese género musical. Apunta que el corrido en cuestión se encuentra estructurado en dos niveles, uno que relata los hechos históricos y narra las características de quienes se enfrentaron a Zapata, y otro donde se muestra la figura del caudillo representada, por un lado, con atributos humanos sobresalientes y, por el otro, exaltada de una forma comparable con las divinidades griegas y romanas.

El texto de Gabriel Rovira aborda *Los diarios de Emilio Renzi*, de Ricardo Piglia (2015). Demuestra su dominio del tema y su discurso incita a leer otras obras del escritor argentino. Rovira explora y llega a la conclusión de que este libro lleva al extremo la disolución de las fronteras entre ficción y realidad en el marco de su propia obra narrativa, mediante una serie de trucos técnicos y estructurales que

vuelven inciertas y abstractas las fronteras entre la historia y la literatura.

Francisco Peredo Castro nos presenta un interesante título sobre la influencia de la picaresca en el cine mexicano, bajo el cual examina a grandes cómicos de la cinematografía nacional, como Mario Moreno *Cantinflas*, y a comediantes de soporte para célebres actores, como Jorge Negrete y otras estrellas de la filmografía ranchera. Peredo propone que en este tipo de actores es posible rastrear reminiscencias de los personajes de la picaresca literaria, esto porque el personaje del “pelado”, el desheredado, el que vive a salto de mata, sobreviviendo solamente con su ingenio para escabullirse de las normas sociales y de la justicia, acusa todos los rasgos del pícaro proveniente de la literatura española del siglo XVI y de la picaresca mexicana del XIX.

Cierra esta tercera parte un peculiar texto de Rubén Olachea Pérez donde se explora las diferentes imágenes que de los pueblos indígenas de México se han formado los sudcalifornianos, imágenes que se reproducen en los varios apelativos que se les aplican a dichos pobladores. Olachea encuentra cuatro principales orientaciones, respectivamente relacionadas con las pinturas rupestres, los grupos étnicos de la California prehispánica, las representaciones de estos en los museos y aquella que sitúa a ese sector de la población en un discurso disimuladamente racista que oculta su rechazo.

Primera parte
Historia política y cultural

Machismo, codicia y lujuria: la tríada histórico-literaria en torno del mito amazónico de California

Francisco Altable
Universidad Autónoma de Baja California Sur

Las Amazonas en la tradición europea

La península de California fue escenario de una sociedad gineocrática en la imaginación de los exploradores pioneros, pero no la única, ni la primera. De hecho, la leyenda de las Amazonas ya tenía una edad de siglos para cuando los españoles se lanzaron a sus aventuras oceánicas, tantos, que la fuente primigenia se pierde en la bruma de los tiempos más antiguos. Las primeras alusiones se encuentran en textos de la Grecia arcaica: en las rapsodias de *La Ilíada*; en *La Etiópida* de Arctino; en la *Crestomatía* de Proclo, en el *Prometeo* y en *Las Euménides* de Esquilo; en la lírica de Píndaro, donde aparece una Amazona bajo el calificativo de *androleteira*, la “destructora de varones”; en los relatos de los héroes Belerofonte, Aquiles y Hércules, cuyas amazonomaquias (combates contra Amazonas) quedaron plasmadas en las cerámicas, bajorrelieves y monumentos

grecorromanos.⁵ Heródoto, unos dos mil años antes de que los españoles exploraran las costas californianas, describió los rasgos esenciales de estas luchadoras: su virilidad, su arrojo, su destreza con el arco, su dominio del caballo y su aversión a los hombres. Según dice, los escitas las llamaban *eórpata* y los griegos *androctonoí*, términos que significaban lo mismo: asesinas de hombres.⁶ El historiador de Halicarnaso las ubica en Escitia; otros, en las inmediaciones del Mar de Azov; también aparecen en las literaturas sobre las costas del Mar Negro; durante la invasión a la isla de Leuce; en el África etíope, peleando contra los talantes, númeridas y gorgones; en distintos parajes del Oriente Medio; en el archipiélago del Egeo y, en fin, como fundadoras de una ciudad norteafricana a la vera del “lago Tritón”, por mencionar sólo unos cuantas regiones.

El mito pasó de la Antigüedad a la Edad Media y se transformó, gracias a la propagación de la cosmovisión cristiana, en una tenebrosa realidad, lejana y diabólica; en un reino putrefacto, confinado en las antípodas de la cristiandad; un pueblo de bárbaras paganas; una especie de diablitas o súcubos; una hueste de mujeres impuras y perversas que, como establecen Jorge Magasich y Jean-Marc de Beer, vivían encerradas detrás del portón de hierro esperando la hora del juicio final, como los demás soldados de Lucifer. Su reina aparece como la capitana de la “gente inmunda”, y sus súbditas como mensajeras infernales, guerrilleras depravadas que ejecutaban a sus amantes y a los indefen-

5 JIMÉNEZ, Luis Isidro, “Las Amazonas...”, pp. 67-79.

6 HERÓDOTO, *Los nueve libros...*, libro IV, p. 550.

sos hijos varones que engendraban con ellos. En suma, la versión satanizada de la leyenda clásica.⁷

Durante los siglos bajomedievales, el manto mefistofélico que la Iglesia tendió sobre las Amazonas persistió a contracorriente de una serie de recreaciones con un espíritu algo más ligero, un espíritu trotamundos y curioso, ávido de aventuras, crédulo hasta la candidez y resueltamente avaricioso, con una acentuada actitud hacia la búsqueda de lo extraño, de lo diverso de las culturas y de sus maravillas. Del medievo tardío son los relatos sobre *Los viajes de Juan de Mandeville*; la *Historia rerum* de Eneas Silvio Piccolomini; el *Reisebuch* (diario de viaje) de Johann Schiltberger; las luchas de Teseo contra las Amazonas en la *Teseida*, de Giovanni Boccaccio y *El cuento del caballero*, de Geoffrey Chaucer.⁸ En *Il milione* —o *Libro de las maravillas*—, Marco Polo y su amanuense, el pisano Rustichello de Pisa, describen un reino marino compuesto de dos islas: en una moraban hombres sin mujeres y en la otra, por lo contrario, habitaban mujeres sin hombres. Aquella se llamaba Macho; esta otra, Hembra. Cada cierto tiempo pasaban los hombres a la isla de las mujeres con el fin de procrear, pero éstas, a diferencia de las cazadoras infanticidas de la leyenda clásica, no tenían por costumbre asesinar a sus hijos varones, sino que los criaban hasta la adolescencia y entonces los entregaban a sus padres.⁹ A propósito de esto, el filólogo bonaerense Christian Kupchik trae a la memoria el célebre planisferio que elaboró Martin Behaim —Martín de Bohemia— poco

7 MAGASICH, *América mágica*, p. 139.

8 JIMÉNEZ, “Las Amazonas...”, p. 69.

9 POLO, *Il Milione*, p. 162.

antes del primer viaje de Colón. Allí, por razones obvias, no aparecen ni América ni el océano Pacífico, sólo el Atlántico divide por el occidente a Europa y Asia oriental. En uno de los apartados explicativos que escribió al respecto, el geógrafo nuremburgués advierte sobre la existencia de esa misteriosa isla de mujeres, que luego el “almirante de la Mar Océano” situará en una tierra insular llamada Matininó, que jamás reconocerá físicamente.¹⁰ “Para los europeos del Renacimiento –dicen Magasich y Beer– el imponente número de escritos y de tradiciones orales que describían la nación femenina había dejado su existencia fuera de toda discusión. Como los seres portentosos y los grandiosos tesoros, las Amazonas se encontraban en el Lejano Oriente, destino final de las carabelas de Colón”.¹¹

La leyenda tiene sus referentes en la península ibérica, referentes que luego replicaron al momento de la expansión portuguesa, y lo mismo poco después, cuando los españoles tropezaron con América y dieron el salto a las islas del Pacífico. Se afirma que el mito encontró en los reinos hispánicos una acogida singular, y de veras existe una larga lista de manuscritos medievales y modernos que respaldan tal aseveración: el *Cronicón de las cosas sucedidas en España*, de Rodrigo Jiménez de Rada (1170-1247);¹² el tratado de Johan Bocaçio acerca *De las claras, excelentes y más famosas e señaladas damas*, entre las que están Orithía y Anthíope, reinas de las Amazonas; el anónimo *Libro de Alexandre*; las *Siete Partidas* y la *Estoria de España*, de Al-

10 KUPCHIK, *La leyenda*, pp. 52-53.

11 MAGASICH, *América mágica*, p. 142.

12 ESTÉVEZ S., “Aproximación...”, p. 147.

fonso X, donde se habla de las magiares góticas;¹³ y luego están las reinas amazónicas y las doncellas guerreras de los libros de caballería: la Pintiquinestra en *Lisuarte de Grecia*; la Pantiselea y su madre Calpendra en *Silves de la Selva*; Trinea en *Tristán el joven*; la princesa Claridiana, hija de la reina Diana, soberana de un reino amazónico, en *Espejo de príncipes y caballeros*,¹⁴ etcétera.

Después de 1492, a los manidos misterios del Pacífico medieval se suman las referencias americanas. Acaso esto se debe a que los antiguos espacios míticos del Viejo Mundo, esto es, de Europa del Este y el Cercano Oriente, fueron perdiendo vigencia a medida que los navegantes europeos avanzaban en sus descubrimientos transoceánicos, de manera que las menciones asociadas a reinos amazónicos se multiplicaron y sucedieron a lo largo de tres siglos, o más: Antonio Pigafetta, el cronista de la circunnavegación magallánica, vuelve a la vieja imagen de una isla exclusivamente habitada por mujeres; la llamó Ocoloro y la situó al este de Java.¹⁵ Más tarde, Pedro Mártir de Anglería, en su *Orbe Novo*, retoma la idea de la Matininó colombina.¹⁶ El soriano Juan López de Velasco, en su *Descripción universal*, hace alusión a unas “mujeres guerreras” que vio el conquistador Francisco de Orellana durante su viaje de exploración a lo largo del río Amazonas.¹⁷ Por su parte, Gonzalo Fernández de Oviedo escribió sobre ciertas indias

13 JIMÉNEZ, “Las amazonas...”, p. 68.

14 NASIF, Mónica, “El mito...”, pp. 3-6.

15 PIGAFETTA, *Primer viaje*, p. 178.

16 TORRE REVELLO, “Pedro...”, p. 147.

17 LÓPEZ DE VELASCO, *Geografía*, p. 155.

que vivían en “repúblicas y sin señores que las mandasen, a imitación de las amazonas”, gobernadas por “reinas o cacicas” y en cuyos pueblos y conversaciones no cabía el género masculino.¹⁸ En la relación que manuscrió fray Gaspar de Carvajal a propósito de la expedición encabezada por el referido capitán Orellana, se cuenta que en sus orillas habitaban indias “altas, blancas y membrudas”, tan aguerridas, en tal cantidad y tan hábiles en el manejo de sus arcos, que en cuestión de minutos podían convertir a cualquier bergantín español en un enorme puerco espín.¹⁹ A fines del XVI, el poeta Juan de Castellanos publicó sus elegías en honor de los “varones ilustres” de la colonización española; en una de ella se subliman las hazañas militares de Orellana, a quien le plantó cara una “india varonil” que, “como perra”, defendía ferozmente su territorio.²⁰

Los relatos y las anotaciones al margen sobre las amazonas son abundantes, y no estoy seguro de que estemos hablando de una creencia extinta. La fuerza legendaria de este mito llegó al siglo XVIII en textos como el del naturalista, matemático y geógrafo francés Charles-Marie de la Condamine,²¹ o en el de fray Baltasar de Vitoria, cuyo *Teatro de los dioses de la gentilidad* dedica largas páginas a esas mujeres “belicosas y peleadoras”.²² Y así podríamos seguir rastreando esta tradición a todo lo largo del XIX e incluso hasta la primera mitad del XX.

18 FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general*, pp. 221-223. GALLEGOS, *Ensayos*, p. 84.

19 ACCURSO, “Las amazonas...”, pp. 4-5.

20 DE CASTELLANOS, *Elegías*, p. 137.

21 DE LA CONDAMINE, *Relation*, pp. 9-10 y 99-106.

22 DE VITORIA, *Teatro*, Libro II, pp. 101-107.

La ficción de las amazonas californianas se sitúa en un momento temprano de la modernidad, a años luz de las teogonías griegas, pero mucho antes que las “soldadas” del reino subsahariano de Dahomey. Surgió más o menos al mismo tiempo que surgieron otras narrativas amazónicas en diversos sitios de las Indias occidentales y orientales. Esto le resta peculiaridad, pero la vincula a una rica tradición de pensamiento que se difunde, como reguero de pólvora, durante la secular expansión colonialista. Dicha difusión no fue ni accidental ni decorativa, sino que obedeció a los objetivos políticos y económicos de otra gran quimera: la utopía de la conquista del mundo, de ese imperio ecuménico con que soñaba Hernán Cortés –o decía soñar– para el emperador Carlos. La de California fue una recreación con claros antecedentes literarios, siempre que se dé por cierta la ya clásica asociación con *Las Sergas de Esplandián*, una novela de aventuras caballerescas que, como tantas veces se ha dicho, gozaba de gran popularidad precisamente por los años en que la península californiana entraba en los primeros mapas europeos del océano Pacífico.²³ Se dice que sumaban diez las ediciones antes de 1588, medio siglo después de que el impresor Juan Cromberger contara más de cuatrocientos ejemplares del *Amadís de Gaula* en su almacén de la ciudad de México, inventariados junto con muchos otros miles de novelas de caballería.²⁴

Las Sergas es una obra larga, ciento ochenta y cuatro capítulos,²⁵ y grande debió de ser en verdad el interés que

23 Entre otros, LEONARD, *Books of the brave*, p. 15.

24 RIVERA, “Paraíso...”, pp. 272 y 274.

25 RODRÍGUEZ DE MONTALVO, *Las Sergas*, capítulos 157-184. Persiste la confusión sobre

despertó para que Henry Thomas se refiera a ella como una “epidemia desencadenada” en los dos mundos hispánicos, el viejo y el nuevo.²⁶ La aparición de las amazonas ocurre en el episodio ciento cincuenta y siete, y permanecen, con diferentes grados de protagonismo, hasta el desenlace, lo que significa una quinta parte del relato. Por consiguiente, no se trata de una participación fugaz ni secundaria, y mucho menos desconocida, pues las numerosas ediciones de que fue objeto hablan de una amplia divulgación, aun a contracorriente de las sucesivas prohibiciones decretadas por Fernando el Católico, Isabel de Portugal y Felipe II en 1506, 1531 y 1543, respectivamente, y a pesar también de las voces que se escandalizaban por la propagación de esa “peste de libros fantasiosos” y de la inmensa mayoría de analfabetos a ambos lados del Atlántico, circunstancia atemperada por la transmisión oral, el medio de difusión por excelencia.²⁷ Durante las interminables travesías marítimas, las tripulaciones pasaban largas horas charlando acerca de tierras extrañas y de grandes hombradas, acaso porque alguien a bordo había leído ese y otros libros de aventuras y fuese por ello capaz de narrar las hazañas de reyes e hidalgos al frente de sus impresionantes flotas mediterráneas, como las que vinieron en ayuda del “hermoso, virtuoso y esforzado” Esplandián. Esta clase de lecturas,

el apellido del autor. El más referido es el de Rodríguez, pero en otros documentos también aparece con el de Ordóñez o Gutiérrez. Las ediciones antiguas mejor conocidas son las de 1508 (Zaragoza), 1510, 1526 (Sevilla), 1542, 1549 y 1586 (Sevilla). En cuanto a su primera edición, Jiménez concluye que debió de salir a la luz después de 1492 y antes de 1497. JIMÉNEZ, “Las amazonas...”, p. 74.

26 JIMÉNEZ, “Las amazonas...”, p. 73. TORRE REVELLO, “Lecturas...”, p. 8.

27 SERNA, “Censura...”, p. 348.

declara Jacques Le Goff, ciertamente se constituyeron en una fuerza propulsora de las expansiones europeas de los siglos XIV y XV.²⁸ El historiador tolonés coincidía en esto con muchos autores que lo antecedieron y con muchos de los que han escrito al respecto después: Alberto Navarro González afirma que el mar, en la épica medieval, “representó siempre un espacio particular que resguardaba las islas en las que se hallaban los más preciosos tesoros”,²⁹ Para Mercedes Serna las historias fantásticas ejercían “una profunda influencia en la conducta, la moral y el pensamiento”, y despertaban un gusto a veces irreprimible por la realización de proezas.³⁰ Guillermo H. Prescott establece que “la ficción novelesca y la realidad obraban recíprocamente una sobre otra, y exaltaban el alma del español hasta tal extremo, que le hacían arrostrar los horribles tormentos que le aguardaban en la senda de los descubrimientos”.³¹ ¿Cómo dudar entonces que la California de la literatura popular española estuviera en alguna de esas islas secretamente resguardadas en el Mar del Sur?

“Como cosa la más extraña que jamás se supo”, el príncipe Esplandián encabezaba la defensa militar de Constantinopla contra el asedio de los turcos, empeñados en arrojar a los cristianos de Tierra Santa. A su hora, los sultanes y sus huestes se aliaron con las Amazonas de la reina Calafia, soberana de una remota isla llamada California, “muy cercana al paraíso terrenal, al poniente de las Indias”.

28 RÍOS SALOMA, “La percepción...”, p. 120.

29 RÍOS SALOMA, “La percepción...”, p. 119.

30 WAHLSTRÖM, *Lo fantástico...*, p. 11.

31 Citado en TORRE REVELLO, “Lecturas...”, p. 9.

Durante el curso de la guerra, Calafia se enamoró del apuesto caballero armado. Este acto de “debilidad femenina”, aunado a la oportuna llegada de los ejércitos cristianos, sella el destino de la aguerrida autócrata, que acepta la “verdadera religión” y termina contrayendo nupcias con Talanque, el primo de Esplandián, pues éste se hallaba comprometido con la princesa Leonorina, la bellísima y piadosísima hija del emperador constantinopolitano. Lo que escribió el novelista español a propósito del aspecto y procedencia de estas “varoniles” mujeres constituye una réplica matizada del mito helénico y de las ulteriores calcas que se hicieron de la isla de las andrófobas. De ahí las asociaciones que luego se harían tras la expedición de los insurrectos comandados por Fortún Jiménez de Bertandoña; durante la primera mitad del siglo XVI, alguien, en algún lugar y en un momento dado relacionó la California ficticia con el descubrimiento geográfico y, helo allí, un país inventado dio nombre a una provincia de Nueva España. Acaso fue en una de esas charlas de marineros, quién sabe.

El reino de oro

En sentido estricto no interesa aquí el análisis literario del texto ni sus implicaciones históricas, salvo por cuanto tienen que ver con los influjos utilitarios del mito amazónico. La pregunta a responder es de qué forma dicha idealización contribuyó a los fines del expansionismo español en aguas del Pacífico californiano, ya como acicate del interés humano, ya como medio de exculpación. Empecemos por el más trillado de los incentivos, que fue también el más evidente, y quizás el más sincero e irrenunciable: la obtención de

riquezas materiales. Si se admite que las aventuras de Esplandián por el mundo eran materia conocida a bordo de las embarcaciones españolas, resulta altamente probable que las constantes alusiones en la novela a la abundancia de oro y piedras preciosas hicieran bullir las ambiciones personales. Las armas y los arreos de las bestias que jine-teaban las isleñas “eran todas de oro”, y no podían ser de un material distinto, toda vez que “en la isla no había otro metal alguno”. Estas armas, por si fuese poco, llevaban engastadas muy valiosas gemas, que en California “se contaban tantas como piedras había en el campo”. La misma capitana de las Amazonas, la reina Calafia, hace uso de ese acicate para atraerse los amores de Esplandián. Se persuade de que la codicia, “común a todos los mortales, razón por la que viven y mueren”, haría que el caballero cristiano la aceptara como esposa. Sus pretensiones matrimoniales fracasaron, pero no porque el pretendido desdeñara la cuantiosa dote, sino por sus inclinaciones de índole emocional y religiosa, que lo hicieron preferir la unión con la devota princesa Leonorina, que también prometía grandes caudales, además del trono imperial de Grecia. Así y todo, no dejó pasar el ofrecimiento de la monarca californiana, no sin antes exigir la conversión; ésta, convencida de los “beneficios morales” que obtendría, accedió de buen grado a recibir el bautismo en la capilla palaciega. Entonces sí, sin perder un segundo, Esplandián le propuso esponsales con un primo suyo, “muy grande de cuerpo y muy hermoso” también, el mencionado Talanque. “Tú serás mi señor —le dijo ella—, y señor de todo lo mío”. Al cabo, la áurea y enjoyada isla de California pasó a formar parte del patrimonio de la familia real de Constantinopla. Más tarde, el

flamante rey de California se propuso armar una flota para irse a la conquista de Argalia, otra de esas islas colmadas de riquezas en medio de un océano ignoto.

La profusión de bienes materiales y el anhelo de apropiarse de ellos siempre aparecen en el origen y en la conclusión de las acciones caballerescas, en los pensamientos y en las realizaciones de los pensamientos mismos. Pero debió de ser más que esto. Habría que considerar la hipótesis de que las mentes de marineros y capitanes se alienaban hasta un punto en que se desdibujaba la línea divisoria entre la novela y la realidad sensible. Aquella terminaba siendo la contenedora de una vieja historia que sabios y tontos daban por verdadera o verosímil, sobre todo si existían referencias específicas y plausibles al respecto, como es el caso, pues debe recordarse que Hernán Cortés, por mandato real, envió gente de sus confianzas a “descubrir el Mar del Sur” por el occidente de Nueva España.³² En ese mar, aseguraba, hay “muchas islas ricas de oro y perlas, y piedras preciosas y especiería, y muchos otros secretos y cosas admirables”. Tómese nota de su predisposición a encontrar lo que todavía no encontraba, lugares enigmáticos y eventos prodigiosos. Como resultado de dichas exploraciones, surgió una seductora información proporcionada por los “señores de la provincia de Ciguatán”, en la costa centro-occidental de Nueva España: “no muy lejos de ahí, existía una isla y un reino de mujeres solas, quienes, de tanto en tanto, permitían el arribo de

32 *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía*, tomo XII, Madrid, Imprenta de Frías y Compañía, 1866, pp. 490-495. El mandato fue por cédula real.